

EL CABALLO QUE REGRESABA DE LAS GUERRAS***THE HORSE WHICH RETURNED FROM WARS.*****(Entregado 03 /11 /2015 – Revisado 11/11/2015)*****Pedro Arturo Reino Garcés***

Linguista graduado en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, ex profesor de varias universidades en Ecuador, actual Cronista Oficial y Vitalicio de San Juan de Ambato – Ecuador. Ha publicado, entre otros libros:

Historias Aún No Contadas, 1.998. La Ushinga – 1807, novela histórica, 2007. Los Quejidos del Sol (Relatos histórico-literarios) Obra premiada por el Parlamento Latinoamericano (2004). Mención de Honor en el Concurso Literario Rubén Darío, Nicaragua 2012. América Guitarra de Otros Verbos, Español-Alemán, edición crítica a cargo de la traductora Erna Pfeiffer de la Universidad de Graz, Austria, con ilustraciones de Oswaldo Viteri, edición de 500 páginas. Mazorra: Las voces de mis calaveras; Tren a Chuchubamba, Premio Nacional de Novela, 2014.

Cronista Vitalicio de Ambato**Ex-profesor de la Universidad Técnica de Ambato - Ecuador*****Desarrollo:***

Tienes que prometerme que también dejarás escrita para otros esta historia. He viajado lo suficiente como para alargar mi vida, y he dormido tan poco para soñar despierto. Lo que vas a oír es tan cierto que parece haber sido dicho por alguien que solo lo ha oído:

La gente de Pasto, de Guaitarilla, de Berruecos, de Pupiales; de las gargantas del Juanambú donde estornudan las sombras y se desbarrancan enigmas al Patía; las de Tulcán y hasta las de San Gabriel y Huaca, son la que más recuerdan al caballo. Pasaba cabalgado, cada cierto tiempo, con tan solo una camisa herida y desflecada. Volaba sobre los abismos desbarrancando a destiempo las piedras amontonadas por Agualongo. Cruzaba pisoteando ese ajedrez de lomeríos verdes de la melancolía. Eran tiempos del frío sin fronteras, de peones que lidiaban con caballos que relinchaban sus porfías manoteando la resignación de los potreros. Las vacas rumiaban antiguas indiferencias mirando cómo los vecinos de los caseríos les alambraban los linderos. Se agachaban a resoplar un aire ajeno a las obsesiones de los reclutadores, porque llegaban pesquisas milicianas que se habían puesto a practicar el calorcito de las guerras.

Un viajero rebuscador de antigüedades, decían que andaba preguntando a la gente que duerme con la temible sombra del Galeras, si sabían de soldados pastusos que tenían dos narices. Lanzada la pregunta, dicen que los más viejos se restregaban la cara no sea que las hayan tenido inadvertidas. Les leía en unos papeles viejos que esos soldados que venían del Norte, según decía la gente de los lados de más al Sur, eran los que tenían ese privilegio. Y como ustedes también deben haber oído, les decía, ese caballo extraña las batallas y ese olor a pólvora que resoplaba sobre los cráneos de los soldados caídos.

¿Será que pueden mostrarme dónde tienen sus caballos? Quiero hacerles la misma pregunta para que me respondan con sus ojos. Puede parecer una locura, pero todo está copiado ahí, en esos

dos mundos de agua, donde ellos guardan correrías, tropeles de tambores, noches de travesías vomitadas del miedo, paisajes difusos de traiciones, abrevaderos de odios cubiertos de ternura, y tantos enigmas pisoteados en sus jadeantes desafíos. Todo está copiado ahí en sus ojos profundos, donde el silencio reunido tiene ese brillo que se convierte en ternura redonda y parpadeante. Pensando de este modo, me he convencido que nadie más que las cabalgaduras podrían devolvernos el secreto. Además, es posible que entre ellos haya indicios del caballo que busco, del que quiere saber la gente por qué andaba galopando con el alma de la camisa desflecada. Se trata de ese noble animal que busca al soldado que se fue a lejanas guerras, en la época en que se propagó esa peste que hacía morir a los hombres en delirios, diciendo que lo hacían, porque los había parido la patria para que fueran héroes. En su relincho, hasta se oía la época de los abuelos. Solo en reserva, conversaban cómo habían logrado regresar huyendo de los cuarteles improvisados donde para matar el hambre les daban olorosos almuerzos de azufres y de pólvora, con el infaltable pan del patriotismo. Ellos tenían sus razones para repugnar al zambo Bolívar que les había mandado a convencer para milicianos. Estoy seguro que algunos viejos todavía deben tener las picaduras de las avispas peligrosas en los rostros de su memoria. Me han dicho que cuando la gente salía a conversar en los vecindarios, hablaban de un caballo del que decían haberlo visto regresando a su querencia, con solo un fusil amarrado a la cabezada de su montura. Decían que otras veces llegaba con tan solo la gorra militar cabalgando enganchada a dicha manija, la que sostenía el freno a medio temple. Quienes sabían de caballos decían que su amo le mandaba así, para que sintiera que ahí había unas manos controlándole su suerte.

Cuando se abrían las bocas de las casitas de adobes, parloteando de loma a loma, comentaban que así pasaba por las quebradas de Rumi-chaca, y aseguraban que cuando el caballo pasaba así, era porque su patrón lo había despedido de aquel modo de alguna campaña del Sur, cuando habían arrancado anticipadamente el alma de algún combatiente, sea por justicia o por traición, porque todo vale cuando se está en guerra. Los caballos se amaestran mejor que los soldados. La gente de esos tiempos, según me han conversado, también sabía que cuando el caballo regresaba solo, era porque su amo se quedaba en las hogueras ebrias de sus victorias, que se iban amontonando en los caminos a la libertad. Otras veces, dicen, llegaba con los escalofriantes trofeos del degüello, con tan solo un par de cabezas sangrantes en la alforja, que las coleccionaba su amo para tener constancias que mostrar. Eran cosas aprendidas al general Córdoba que había tenido noticia de sucesos contados por Hernando de Cepeda y Ahumada la noche del matrimonio con doña Gregoria de Zúñiga, al salir de la iglesia de Pasto. Esas también fueron épocas de héroes resentidos, que cuando barajaban sus naipes repletos de traiciones, sacaban esos respaldos como evidencias irrefutables de sus nombres. Decían que las cabezas no solo servían para canjearlas con heroicas medallas, sino con algo más útil a la vida.

En la última romería, en la que bajaron a Las Lajas gente del Norte y del Sur, los de la procesión del atardecer habían visto que el caballo salía de las quebradas volando espantado entre los precipicios, cabalgado por dos ángeles que se habían desprendido de las estatuas que están en *lahuaca* del puente, donde la iglesia se ha sentado a oír rezanderías como paloma de la *Pacha Mama*. El ángel de la trompeta dicen que iba tocando “*a degüello*”, y el otro, montado al anca, el que había tomado un fusil de los que guardaba la Virgen para casos de sublevaciones en su contra, dijeron que había salido disparando “*a quema ropa y a fuego cruzado*”. Con estos antecedentes, y desde esos sucesos, se han colocado anuncios y se han *puesto bocas* para que se denunciara el paradero de la trompeta y del fusil, con lo cual se tendría la pista de quién resultaría ser el dueño del caballo, lo que a su vez daría la pista para la comprobación de que los soldados pastusos tenían dos narices. Desde luego que toda la población se había intranquilizado y estaba interesada en que la

iglesia recupere sus insignias; y que las autoridades actuales realicen la ceremonia de declaración de *prócer* al soldado que, según se deduce, no dejaba que su caballo se reduzca a su querencia. Así las cosas, se restablecería la tranquilidad en estos pueblos.

En la iglesia de Pupiales, según se sabe, el sacristán ha recibido un sobre con algunos datos que podrían servir para aclarar esta historia. El documento, según dicen, no se sabe si lo han dejado un Domingo o un Lunes entre semana. Son cosas entreveradas que maneja la estrategia de la gente que sabe que el tiempo es desvaneciente, como los papeles viejos, que parecen ser de la propia iglesia, por el olor a sahumero que lo pueden reconocer gentes de Nariño. Se trata de una lista de feligreses que se habían apuntado para ir como *milicianos* a defender a Colombia de la invasión peruana, a una lucha que habían tenido en el Portete de Tarqui. Todos sabemos que los cuarteles siempre han pedido los auxilios de la iglesia porque sin fe no se ganan las batallas. Desde cuando llegaron los caballos por acá, todavía recuerdan las arengas rezanderas para que el apóstol Santiago siempre saliera de la punta de las balas a conquistar la fe; eso lo han aprendido hasta los indios que, aunque son católicos, nada tienen de cristianos. Entre esos papeles han encontrado uno como diploma donde aparecía escrito por el amigo del zambo Bolívar que andaba reclutando soldados con engaños o a la fuerza: “Al Portador. Cuatro mil bravos colombianos vencieron a ocho mil peruanos. Sucre.”

Cuando había muerto el padre superior del seminario de Pasto, el reverendo Manuel Canuto Restrepo, entre sus reliquias, dicen que había tenido guardado un cráneo perforado con algunos tiros de fusil. Según se sabe, en el altar dedicado a Judith con la cabeza cortada de Holofernes, en vez del cráneo esculpido, dicen que tenía la cabeza estupefacta del soldado que mostraba unos ojos quietos de tirano y unos labios hinchados de poder. Dicen que la gente quedaba embrujada de claroscuro cuando acudía a ese altar. El cura, se deduce, predicaba cosas raras del amor de las mujeres, y andaba diciendo a los seminaristas que se cuidaran de embriagarse sin conocer bien a las mujeres de la libertad. Ya para morir, el padre había hecho retirar el cráneo del altar para tenerlo en sus aposentos. Otros en cambio dicen que ese cráneo se enterró con la primera piedra con que se había edificado el Seminario de Pasto. Interesados en esclarecer estos asuntos han dicho que la tranquilidad del pueblo, para estos casos, depende de la recompensa que pongan las autoridades para que aparezcan involucrados en solucionar este problema. Sobre todo porque la única manera que les parece que se tiene que seguir como método, es la de perseguir al caballo, o dedicarse a recorrer los pueblos para averiguar sobre las apariciones del fantasma. Además, se tendría que verificar las pruebas, recuperar las reliquias de la iglesia de Las Lajas, realizar el ceremonial del heroísmo al soldado y, esperar que el caballo deje de cabalgar y se acoja a su querencia a seguir muriendo en paz.

Un viajador de esos que recorren los pueblos durmiendo en posadas, inquietado por el anuncio, me conversaba que después de lo de Tarqui, sabía que el caballo había regresado algunas veces por los alrededores de Pasto, con su propio jinete, hasta cuando nuevamente, por un raro cariño tomado al General Juan José Flores, el soldado había retomado el fusil y la bendición de un padre de la iglesia de Pasto, para juntarse al General y regresar a respaldarlo en la fundación de la nueva república del Ecuador, como las que se estaban fundando con la ley de las armas, la inteligencia de la iglesia y la pasión de mujeres holoférmicas de Quito. Con este anuncio, se ayudaría a que se dictara un decreto con reconocimiento al “héroe” que late dentro de todo soldado, y es más, sería la oportunidad de evidenciar y dar uso a los cráneos que venía coleccionando el soldado, y uno de los cuales había encargado a la iglesia para lo del altar de Judith y Holofernes. Algunos que han oído de las apariciones de este caballo han dicho que hay testimonios de que el *cura sin cabeza* que vivía por Quito, se había apoderado por un tiempo del *caballo sin jinete*. En vez de

devotos, las misas se fueron llenando de testigos, y en las fiestas con pelucas de las mansiones de los aristócratas, han comentado que las palabras saltaban al viento, y hacían saber que en Tarqui, se había hecho nacer en los soldados un nacionalismo nunca antes sentido entre colombianos y peruanos. Se sabe que el miliciano y su caballo que fueron a defender Colombia, tenían que pelear con otros milicianos que usaban los mismos uniformes que mandaron a fabricarlos en Ambato, con morriones y fornituras. De estos negocios estaba encargado el coronel Antonio Elizalde Lamar, sobrino del General José de Lamar. Debía repartir los mismos uniformes a las tropas, para luchar contra su tío, obedeciendo al principio de la confusión.

Luego habían dicho que Lamar se medía en estrategias con Bolívar debido a su formación. Se conjetura que era la hora en que el caballo corcoveando las individualidades, había desertado de las caballerizas y había dejado abandonado a su soldado que había sido adulado por Flores, frente a la oferta de Bolívar de crearle una nueva república, para contento de unos enredados amores de mujeres trajinantes en las revueltas del llamado Primer Grito de la Independencia de 1809. Esas mujeres, muy entendidas en los disfrutes de sus *primeros gritos*, dicen que pidieron edecanes de dos narices porque querían que Quito tuviera olores a república, y a la vez, a monasterio autónomo. Estas conversaciones, según mi criterio de viajero recopilador de sucesos pasados, me hacen pensar que se ha revelado como aclaratoria al enigma, de que los soldados independizadores tenían dos narices, no solo los pastusos. La gente de Guaranda ha escrito en unos periódicos que para ser soldados debían tener buen olfato, y esto no era posible con una sola nariz. Dicen que los capellanes les instruían para oler el bien y el mal, la riqueza y la pobreza, la gloria y la derrota. Esto no era posible con la misma nariz. Estos comentarios han repicado las campanas de Quito, en el matrimonio de Juan José Flores con María de las Mercedes Jijón de Vivanco y Chiriboga, y se han grabado en las piedras eternas después de la fiesta del matrimonio del 21 de octubre de 1829. Lo mismo dicen que repiten los fantasmas de la Casa Azul después del matrimonio de Sucre, con la belleza trágica doña Mariana Carcelén, Marquesa de Solanda que odiaba a los caballos que conocían las montañas de Berruecos. Algunos amautas de las cordilleras habían revelado que las dos narices que tenía Flores, eran para poder oler dos nacionalidades, como también tenía Lamar que olía a los incas y a los cañaris; o el cafre Otamendi que las tenía de caballo y de negro. Después de lo del crimen, decían que Mariana tenía pesadillas porque la cabeza decapitada de su marido entraba y salía por las ventanas parpadeando destellos de traiciones. Ella sospechaba que solo un soldado de Pasto, que ella conocía, podía revelarles los secretos del crimen.

Un día que llegué por los laberintos de Guaranda, me avisaron que un soldado de la independencia había engendrado una hija que se había convertido en la atracción más terrible para los mozos que la alcanzaban con la mirada. Su madre le había heredado objetos que pertenecían a Sucre, entre los cuales estaba un papel que decía “Al Portador. Cuatro mil bravos colombianos vencieron a ocho mil peruanos. Sucre.” Dolores Crizón es una sombra a la que algunos guarandeños la han oído tocar una corneta de cuartel, tal como tocan los ángeles de la iglesia de Las Lajas. Dolores Crizón dicen que se vestía a veces con una camisa desflecada y empuñaba un rifle de su padre desconocido; y se decía que deliraba sintiéndose heroína de la orfandad de la Independencia. Muerta su madre, quedó con el último encargo de solicitar a las autoridades que el soldado, su padre desconocido, fuera reconocido como héroe de la libertad, y solo ahí se revelaría su nombre según una lista de los asesinados por Otamendi. Esperaba que regrese un caballo sin jinete cabalgando por el Chimborazo. Otros viajeros decían que la habían visto cabalgando con un cráneo en medio de los ventisqueros hasta quedar convertida en esa nieve que se olvida de los encargos que han sucedido en las luchas por la conquista de la libertad.